



*Gracie*  
**de Carlos**

*Jack Benny · Gary Francis · Anne Baxter*



# LA TIA DE CARLOS

Divertida producción cinematográfica, adaptación por GEORGE SEATON,  
de la inmortal comedia de BRANDON THOMAS

Dirección de  
ARCHIE MAYO

Producida por  
WILLIAM PERLBERG

Es un film



LA MARCA DE LOS MILENOS TRAMPE

Principales intérpretes: Jack Benny, Kay Francis, James Ellison, Edmund Gwenn, Axne Baxter,  
Reginald Owen, Laird Cregar, Arleen Whelan, Ernest Cossart, Richard Haydn

---

EDICIONES BISTAGNE — Pasaje de la Paz, 10 bis — BARCELONA

# LA TIA DE CARLOS

## SINTESIS DEL ARGUMENTO

Oxford en 189...

El honorable señor Redcliff cruzó los patios y se presentó en el campo de cricket, siendo informado a renglón seguido que el colegio por él dirigido recibía una soberbia palisa y que tenía que apretar mucho para ganar.

Lord Fancourt Babberley cogió la pala y esperó la pelota, levantando el instrumento. Pero le detuvo un agudo silbido emitido por Morley, su "catcher". Hecho una toria, se volvió hacia él.

—Perdona, pero tengo que ensayar mi papel. ¿No eres mi madre en la comedia que vamos a hacer?

—Aquí se acabó el parentesco—gruñó Babba.

Tornó a alzar la pala, cuando un nuevo silbido le distrajo, con tal mala fortuna que la pelota chocó contra ella y salió disparada, yendo a chocar contra la cabeza de Redcliff, que se desplomó gimulando... Como Babba tenía graves cuentas pendientes con el rector de su colegio, abandonó el juego y le ayudó a incorporarse, desbaciándose en excusas.

—¿Es la pregunta más tonta que ha hecho nunca un estudiante!—rugió el director.—Me da con una pelota de cricket en la cabeza, que seguramente me producirá torticolis para más de una semana, y me pregunta si me ha hecho daño.

—Señor, le aseguro que fué una cosa accidental. Ha sido un golpe de suerte... ¡No, no, quiero decir!...

El director se puso en pie, efectivamente, con la cabeza torcida. Carlos y Jack, los dos amigos entrañables de Babba, le empujaron hacia el campo, animándole a jugar, pero le abandonaron inmediatamente al ver a dos jóvenes de quienes estaban enamorados.

Babba se portó como un héroe y aumentó la puntuación de su bando rápidamente. La campana del té le interrumpió y, dispuesto a desagraciar al rector, quiso llevarle una taza, pero Morley le echó la zancadilla, vaciló y tambaleándose fué a chocar contra Redcliff, que aun se quejaba, tirándole al suelo y armando un alboroto de mil diablos.

—No sé cuánto lo siento, señor...

—Otro golpe de suerte, ¿eh?—gritó el director.

Pero Babba ya no le oía; perseguía al traidor Morley dispuesto a saciar su sed de venganza. El otro anduvo listo, corrió al colegio, subió unas escaleras y se escondió en una esquina. Al pasar Babba, repitió la zancadilla y el vengativo estudiante rodó escaleras abajo, agarrándose a la campana de incendios.

Los tañidos espantaron a los tomadores de té y les pusieron en movimiento, en busca de los útiles de extinción y de una explicación de la alarma. Cuando Redcliff halló al causante de su torticolis agarrado a la cuerda, le emplazó a que se presentase a las diez del día siguiente en su despacho para aclarar su "espantoso" proceder.



La vida de estudiante tiene sus partes buenas y sus partes malas; estas últimas parecían estar reservadas al pobre Babbs. Jack y Carlos usufructuaban sus prendas de vestir, olvidándose casi siempre de devolverlas. Dispuesto a recuperar una corbata, necesitada para su entrevista con Redcliff, fué al cuarto de sus amigos, en donde halló a Jack ocupado en repetir el nombre de Kitty con una insistencia rayana en la monotonía.

—Kitty de mi vida, en este mundo no hay nada tan hermoso como tú...

—No me piropees, que es inútil. Quiero mi corbata.

Le aclaró Jack que estaba preparando su declaración para aquel mismo día, pues Spettigue, tutor y tío, respectivamente, de su adorada y la de Carlos, se las llevaba a Escocia, con el fin de apartarlas de ellos.

Babbs, no sólo recobró su corbata, pero también hizo el interesante hallazgo, en aquella habitación, de una maleta que creía perdida para siempre. En esto, mientras luchaba por apoderarse de ella, penetró Carlos, que había ido a esperar a la estación una tía suya a la que ni siquiera conocía y que volvía del Brasil. Poseía varios millones de fortuna, y de aquí su interés.

También les interesaba que llegara la misma mañana, pues sus dos Dulcineas se negaban a aceptar la invitación de comer con ellos, sin una "carabina". Babbs les dejó apesadumbrados, aunque furiosos porque no le cedieron unas apetitosas botellas de champán que había sobre el armario. En la puerta encontró a Basset, el criado, que le anunció que el vestido de la función podía ir a buscarse.

Como necesitaba tomar un coche, y Babbs no tenía un céntimo, pidió dinero prestado a Carlos, Carlos a Jack, Jack a Basset, y la moneda por el camino inverso volvió a su antiguo propietario.

El segundo paso de Babbs fué presentarse al director. Éste le recibió con la cabeza torcida y con la noticia de que Nevada demastado tiempo en el colegio. ¡Diez años son mucho para cosechar ciencia! Pero así que abrió su expediente y conoció los horrores de su conducta, se indignó:

—¡Queda expulsado!

—Señor, se lo suplico, tengo que obtener mi título esta

otoño, quiero figurar en la firma de mi tío Hogarth, Hawks y Hahherley, los famosos abogados de Londres.

—Debí pensar en eso antes de tocar la campana de alarma.

Babbs se comprometió a presentar a Jack y a Carlos como testigos de que fué un accidente y el director le citó a las diez y media del día siguiente. Una vez estuvo en el pasillo no supo a ciencia cierta a qué hora era la cita. Redcliff estaba guardando su expediente, la puerta chocó contra él al abrirla el desgraciado muchacho, que cayó como alma que lleva el diablo.

Mientras tanto, en casa de su tío, el abogado, se estaba celebrando una importante entrevista. La tía de Carlos, doña Lucía de Alvalorez, de cuyos asuntos se encargaba el tío de Babbs, sin éste saberlo, y que no era vieja ni fea como suponían, sino elegante, joven y hermosa, escuchaba el relato de la vida de su sobrino Carlos y de sus amores.

—Naturalmente, no me importa que Carlos se haya enamorado, pero no tiene más paciente que yo y deseo saber quién es ella.

—No digo que la chica sea una cazadora de dotes ni muchos menos, pero no me haría mucho de su tutor. La reputación del señor Spettigue no es muy brillante.

Por consiguiente, concertaron un plan. Doña Lucía se presentaría a Babbs, con una carta del abogado, y bajo el nombre de señora Beverly Smythe, de manera que podría juzgar por el mismo el estado de las cosas.

Cuando Babbs entró en la habitación de Carlos y Jack, ésta estaba vacía y con las anheladas botellas de champán a la vista. Rápidamente las encerró en su maleta, pero, al ir a salir, tropezó con sus amigos. La maleta voló de uno a otro, mientras él cerraba los ojos y protestaba, esperando que, de un momento a otro, las botellas estallarían.

Al firmarse la paz entre ellos les comunicó en el berep-jenal en que estaba metido con el rector y que les necesitaba como testigos. Los dos se rieron y dieron largas al asunto.

—No podéis hacerme eso. Me expulsarán de aquí y la familia me enviará a Nueva Zelanda, en donde treinta y

cinco mil ovejas, vacas y mal olientes, me esperan, diciendo: Babba... Babba.

Por fin, dejaron de burlarse y le prometieron su auxilio. Satisfecho, se marchó de la habitación, para probarse el traje de mujer... llevándose las botellas de champán.

La siguiente visita de los muchachos fué el padre de Jack, hombre arragante y corpulento, de unos cincuenta y un años, muy bien llevados, que, así que hubo desaparecido discretamente Carlos, le entregó a Jack un cheque, anunciando al mismo tiempo que estaban arruinados.

El cielo se le vino encima a Jack. Su amor con Kitty era imposible. Pero de repente tuvo una idea. Se acordó de la tía de Carlos... Eso era, una boda de conveniencia lo arreglaba todo.

—Escucha: la tía de Carlos, doña Lucía de Alvedorez, viene hoy aquí a almorzar. Es una viuda rica y...

Frunció su padre la frente, pero, al saber que su hijo estaba enamorado, decidió sacrificarse por su felicidad y aceptó, partiéndose para afeitarse.

Pero llegó un telegrama, anunciando que la tía no estaría allí hasta la tarde. La comida con las jóvenes era imposible sin una persona de respeto. Llamaron a la puerta y apareció una anciana, que hacía los guisos, aunque era el espejo de la respetabilidad. Tiró su abanico al suelo y Jack se agachó a recogerlo, recibiendo una tremenda patada.

¡Era Babba con el traje de la comedia!

—¡Tía!—exclamaron sus dos amigos a un tiempo.

Babba se negó a secundar el fraude que pensaban, pero unos balidos oportunos, acompañados de la noticia de que no le ayudarían en el asunto con el rector, le hicieron cambiar de idea. ¡Todo menos las ovejas y Nueva Zelanda!

Vieron a las muchachas desde la ventana y arreglaron la habitación, escondiendo las botellas, echando las colillas bajo la alfombra. Babba les dejó hacer, malhumorado por el papel que le tocaba representar y apenas hizo caso, las faldas subidas sobre los pantalones, a Kitty y a Amy. Una patada en la espinilla y unos balidos, por parte de sus dos amigos y cómplices, le hicieron más amable.

—Le hemos traído unas flores—dijeron entregándole un ramo.

—¿Para mí?—se extrañó, pero corrigió el error, añadiendo la voz.

No supo qué hacer de las flores. A una indicación de Jack se las metió en un bolsillo del vestido; luego, se las puso en el escote, de manera que le tapaban la cara, y, finalmente, las muchachas las colocaron en un florero.

Iban a sentarse a la mesa, cuando Basset, el criado, se presentó anunciando que Spettigue se dirigía a marchas forzadas hacia aquel lugar. Hubo un revuelo y todos se metieron en la alcoba, dejando que doña Lucía, es decir, Babba, capase el temporal.

En cuanto penetró el tutor, una anciana se precipitó sobre él, le zarandeó, le arrojó contra un sillón, negando que hubiera alguien en la estancia, le llamó borracho y le envió al pasillo, antes de que descubriera el engaño, quitándole el sombrero con un libro que le arrojó.

—Algo me ha caído en la cabeza—gritó el hombrecillo.

—Serán las copas que tiene de más.

Salieron los jóvenes y le abrazaron. Sentáronse a la mesa y comopareció el padre de Jack hecho un brazo de mar. Conforme a lo pactado, empezó a galantear con ardor a la supuesta tía de Carlos.

—Escucha, tengo que explicarte...—susurró su hijo.

—Déjalo—le contestó, inclinándose ante Babba—. Mi hijo me ha hablado de lo ridículo de lo simpática que era usted, y después de verla aseguro que mi hijo es maestro en materia femenina.

Babba le dió un golpe con el abanico y, siguiendo su papel, coquetó con él graciosamente hasta que se sentaron a la mesa. El padre de Jack pidió el honor de acomodarse a su lado. Llegó el momento de beber el champán, pero éste no aparecía. Y doña Lucía les deslumbró, bajo dos pares de ojos asesinos, diciendo que había llevado unas botellas.

Se abrió la puerta y Spettigue les sorprendió, queriendo arrastrar con él a las muchachas, a las que gritaba como un energúmeno. No obstante, su cólera se calmó al saber que la pretendida tía de Carlos era millonaria: entonces empezó un pugilato de galanterías con ella entre el padre de Jack y él.

—Perdone mi brusco comportamiento; ahora comprendo que estas señoritas han venido sólo a presentar sus respetos

a una señora tan hermosa y me avergüenza mi falta de caballerosidad.

El tormento de Babbs, que estuvo a punto de comprometerse, al darse de espaldas al sentarse a la mesa, por haberse pisado la falda, se prolongó una vez terminada la comida. El padre de Jack se obstinó en acompañarla y le citó para declarararle su amor. Después, Spettigue hizo otro tanto y calmó su amor contando que se encontrarían en el río.

Entretanto, Jack no había perdido el tiempo y empezaba a declararse, pero su padre le interrumpió, para contarle que todo iba como una seda. Los millones serían suyos y se podría casar. Quiso protestar Jack, viéndose en un callejón sin salida, achacando a la vieja toda clase de defectos, especialmente el de haber como un cosaco.

—Bueno, después de todo, yo beberé con ella. No será para mí un gran sacrificio—le contestó su padre, y le esigió whiskey para tomar fuerzas.

Babbs cumplió su desagradable tarea portándose tan femenino con Amy, que Carlos sintió unos celos tremendos. Entre Jack y él le arrancaron del lado de la joven y el primero le reprochó su comportamiento con su padre.

—Que se me declare si le pare... ¿Qué? ¡No, no! ¡A mí no! ¡No pienso casarme con él—protestó Babbs—. Voy a quitarme este disfraz ahora mismo.

—Bab, bab, bab la oveja blanca hala—cantó Jack.

—Está bien, tú ganas, pero si llego a ser algún día tu madrastra no me culpes.

Apareció el padre de Jack y Babbs se dirigió hacia él como un condenado a muerte. Menos mal que el enamorado llevaba en la mano una botella. Pero, desgraciadamente, ya estaba avisado de las debilidades de la tía de Carlos. Babbs no podía coger la botella, cuyo contenido necesitaba para tener valor. Total, que derramaron el líquido y Babbs disfranzó su ira dándole unas medias "calabasas", que le hicieron abandonar la partida.

En esta ocasión, se presentó la auténtica doña Lucía y preguntó por Babbs a Jack. Ofrecióse éste a entregarle la carta de presentación que llevaba y la dama aseguró que volvería dentro de media hora. Ahora bien, Babbs había pre-

senciado el encuentro y quedó cegado por su belleza. Abrió la carta y decidió reunirse con ella en el hotel.

Jack bailó y cedió Babbs. Su amigo le indicó que tenía que afestarse de no querer ser descubierto, ofreciéndole sus instrumentos. Estaba a media noche, cuando el impetuoso Spettigue entró en la habitación, haciéndole pasar unos apuros tremendos para que no se estropeará la farsa. Tapóse la cara con el abanico, le empujó hacia un sillón y huyó escaleras abajo, demandando auxilio a Jack para acabar de afestarse.

Jack se apostó en una esquina y él se terminó de afestarse rápidamente, mirándose en una bruñida copa colgada de una rama. Spettigue le descubrió, Babbs saltó un seto, con una agilidad que maravilló a los espectadores casuales, y corrió como una exhalación, procurando ganar tiempo para que sus amigos se declarasen a sus respectivas novias.

Finalmente, llevando mucha ventaja a su galanteador, se dejó caer en un banco y dióse aire con el abanico. Morley, el estudiante bromista, bordeaba el estanque en su dirección, meditó Babbs rápidamente la manera de consumar la venganza en deuda, y cuando su enemigo pasó por su lado, tiró el abanico al suelo. Galantamente, Morley se apresuró a recogerlo... y se vió cruzando los aires y sumergido en la sucia agua del estanque, con la impresión bastante concreta de que alguien le había dado una patada.

Babbs prosiguió su carrera al ver a Spettigue trotando, que preguntó a Morley:

—Perdón, caballero. ¿Ha visto por aquí a una señora de aspecto distinguido?

—Sí, la he visto, sí—le replicó Morley, con alguna duda de su distinción.

Jack y Kitty no perdieron el tiempo esta vez. Brotó la declaración, aunque el mérito estuvo de parte de la joven, que le ayudó a ello, y de pronto se sintieron los seres más dichosos de la creación. A unísono, Carlos y Amy se anunciaban su amor y comprendieron que sus almas eran gemelas.

Pero únicamente había un obstáculo para que entrambas parejas fueran completamente dichosas. Necesitaban el consentimiento de Spettigue por escrito y... sólo una persona podía conseguirlo: tía Lucía.



El pobre Babba jadeó al dirigirse a sus amigos, quienes comunicaron lo que esperaban de él. Al haberlo quiso escapar, trabándose una lucha durante la cual rodaron por el suelo, en donde fueron descubiertos por las dos muchachas, asombradas de la violencia con que trataban a una anciana.

Cedió Babba, besó a las dos muchachas y aseguró que tendría la declaración firmada, con lo que subió de grado la alegría de Kitty y de Amy. Tranquilamente las besó y abrazó hasta que sus amigos, hechas unas fieras, le separaron. Una tormenta iba a estallar sobre su cabeza, cuando Basset le comunicó que la señora Beverly Smythe estaba en su habitación.

Le permitieron cambiarse de ropa con la condición de que bajaría tan pronto como pudiese.

—Si no bajas pronto, empujaremos a tirar chinias a tu ventana.

—Y si no respondes, las chinias se convertirán en rocas.

Vestido de hombre saludó a la señora visitante con galantería, aun cuando a las primeras palabras aflautara la voz por la fuerza de la costumbre. Esta sorprendióse de que un hombre de su edad aun permaneciera en la Universidad, dándole pie para que él declarara francamente su admiración y para que ella la aceptase gustosa.

Pero el coloquio fue interrumpido, primero por una piedrecilla y luego, casi, por un adoquín. Con una excusa insatisfactoria desapareció, porque Spettigue reclamaba su presencia en la mesa del té o de lo contrario todo se perdería.

Babba tropezó con el rector, como siempre, en la entrada del edificio, pero no le reconoció. Llamó a sus amigos y les explicó que le ayudarían a vestirse de mujer. Estaban entregados a esto, detrás de una pequeña tapia, cuando Spettigue

adivertió su cabeza rebasando el muro y le instó a tomar el té con ellos. Él rehusó, porque aun no estaba vestido, pero cuando le faltaba poco, dijo:

—Quiero que me dé una carta dando su consentimiento para que se caen Amy y Kitty con Carlos y Jack, respectivamente.

Reluctuoso el avaro bambrecillo y, finalmente, consintió con la condición de que después escucharía su declaración y se dirigieran a la mesa del té, mientras Babba mandaba a Jack a entretener a doña Lucía.

Lo estaba haciendo, cuando su padre le sorprendió en su compañía y deslumbrado por la belleza de la viuda, solicitó ser presentado.

—Esperaba tomar aquí el té con lord Babberley, pero parece que tiene que hacer—explicó la dama.

—Las demás están tomando el té en el jardín. ¿Por qué no nos reunimos con ellas?

Quiso protestar Jack, asegurando que la reunión era muy aburrida, compuesta de dos niñas tontas y la anciana tía de Carlos, la del Brasil. La noticia alarmó a doña Lucía, ya que la tía de Carlos era ella, y sus deseos de tomar el té aumentaron.

Babba hubiera deseado que la tierra se le tragase al ver a doña Lucía. Disimuló lo mejor que supo, y su terror aumentó al oír que su visitante había vivido algún tiempo en el Brasil. Spettigue interrumpió a la auténtica doña Lucía y les convidó a cenar en su casa, pero la dama volvió a la carga y afirmó haber conocido al difunto esposo de Babba.

¡Y éste tuvo que recurrir al temerario ardor de desmayarse para esquivar el interrogatorio!

\*\*\*



La cena fué un continuo tormento para Babba. Las indirectas de doña Lucía, las galanterías de Spettigue, el temor de sus dos amigos y — el corse que le apretaba el estómago, impidiéndole comer a gusto, le hacían de quicio. Por último, se aflojó la prenda y se sintió más a sus anchas.

La conversación versó sobre Babba, cuya "ausencia" extrañaba a todos, menos a los tres estudiantes, y con motivo de "defenderse", alabó tanto a su personalidad de hombre, que a la viuda no le quedó ninguna duda sobre quién era el suplantar de sus atribuciones.

Llegó el momento de que las señoras se retirasen. Tuvo Babba que recurrir a un subterfugio para abrucharse el corse; creyó haberlo hecho, pero el maldito instrumento de martirio se desabrochó. Dándose cuenta de ello, Carlos simuló retirar la silla y Babba habló como un desconido, disparando sobre el Brasil. Los cierres del corse apresaron la silla y la levantaron con él. Nuevamente se repitió la comedia hasta que por fin se vió libre de todo pericance.

Se abrió como una ostra en compañía de las señoras, que explicaban chistes y gracias, escuchando con envidia las carcajadas de los caballeros, que no sólo se divertían, pero también fumaban.

—Ahora, caballeros, si ustedes lo permiten, voy a mostrar el jardín a doña Lucía—exclamó Spettigue—. No tiene idea de lo hermoso que está a la luz de la luna.

Así que estuvo a solas con Babba, le persiguió, asedió y molestó.

—Pero, Stephen—protestó el joven—. ¡No te consiento que hagas eso hasta que me des la carta!

Se sentaron en el diván y una liga de Babba se soltó; el vejete, creyendo que era la de él, se la ató a su pierna. Cuando puso una sobre otra, también hizo lo mismo la de Babba y cuando se quiso marchar para escribir la carta, la supuesta doña Lucía cayó al suelo.

Al estar sola, Babba encendió un puro y fumó vigilando en todas las direcciones. No obstante, la viuda le sorprendió con el puro en la boca, aunque no indicó su presencia. La prueba de culpabilidad era innegable. El joven se guardó sobresaltado el puro en un bolsillo chamuscando la falda... pasando las de Caín.

—Me sorprende que no haya adquirido la costumbre de fumar; las mujeres brasileñas fuman mucho.

—Vea usted... en confianza me estaba fumando un "Perfecto" cuando usted apareció. Creí que pudiera disgustarla y lo escondí.

—¡Lord Babberley!

Tan rápidamente y a tiempo pronunció su nombre que Babba cayó en el garlito. Era demasiado tarde para corregirse. Por consiguiente, obtuvo su perdón con la promesa de que le contaría el enredo. Salieron al jardín y ambos cumplieron su palabra.

Lucía, atraída por su simpatía, le comunicó su proyecto de nombrarle su administrador y Babba, sin duda para no ser menos, le preguntó si creía en el amor a primera vista.

—Sí, creo—respondióle sonriendo.

Total que, cuando el padre de Jack salió al jardín, descubrió que la tía de Carlos tenía voz masculina, que estaba en las mejores relaciones con doña Lucía y que bajo sus falsas, unos pantalones de hombre quedaban al descubierto. Fué víctima de un ataque de risa y riéndose, riéndose, envió a Spettigue, que ya había escrito la carta, a buscar Babba.

—¿Es esa la carta?—preguntó éste, indicando al sobre.

Lo era, en efecto, pero el vejete quería un beso. Tan pesado se puso que Babba le ordenó que cerrara los ojos, metió dos dedos en una pecera y los apoyó sobre sus labios, remediando un chasquido. Luego, el viejo entregó la ansiada carta.

Los jóvenes acudieron al oír las voces de Spettigue, lo mismo que doña Lucía y el padre de Jack. Babba les enseñó la carta por sobre la cabeza de su galanteador, pero al hacerlo retrocedió y la peluca quedó agarrada al brazo de una armadura, poniendo en evidencia su verdadera personalidad. El joven no hizo caso de las señas de sus amigos y corrió con su mano la calva de Spettigue, creyendo que deseaban que hiñera esa, mientras el avaro vejete gritaba:

—Sí, es el amor el que me ha convertido nuevamente en un machucho zudax. Hijos míos, ¡Cupiño ha encontrado otra víctima! Un hada nos ha tocado con su varita mágica, para traer a nuestra vida luz y alegría. ¡Qué mano tan suave y deliciosa!—suspiró al contacto de la de Babba.

Al volverse vió también el negro pelo del joven y, detrás de él, la peluca con sus rizos, cuña y tirabuzones.

—¡Me han cogañado! Es usted... ¡un impostor! ¡Déme esa carta, déme esa carta!

Los demás suplicaron que no lo hiciera. El asombro de Babba al verse descubierto no le hizo perder la sangre fría, y alejaba a Spettigoe, que, dándose por vencido en sus esfuerzos por recuperarla, aulló:

—Bueno, quédesele, pero no le va a servir, no hay un tribunal en Inglaterra que la acepte por legal, porque está dirigida a doña Lucía de Alvaroz.

Así por lo menos le quedaba la administración de las rentas de su pupila. Pero se equivocaba. Una mano le quitó la carta a Babba, que se volvió boquiabierto, como los demás, hacia doña Lucía, que declaró:

—Y ha sido entregada a doña Lucía de Alvaroz.

Spettigoe se desplomó tieso como una tabla contra la alfombra. Afortunadamente había perdido el sentido, pues de otra manera hubiera tenido que escuchar los arrullos, las exclamaciones, la dicha de los enamorados...

Y más aún, presenciar cómo se perdonaban mutuamente doña Lucía y Babba, por haberse engañado...

F I N

**Próximo número: SENDAS SINIESTRAS**

Números publicados: El signo del Zorro - El libro de la selva - ¡Qué verde era mi valle! - El hijo de Montecristo - El capitán Cautela - Estudiantes en Oxford - Cumbres borrascosas - La jungla en armas - El ladrón de Bagdad - Marineros a la fuerza - Esmeralda, la zingara - Tarzán y la Diosa - La quimera del oro - Hace un millón de años - El alegre bandolero - Texas - El hijo de la furia



*El rentar halló a Babu escondido en la puerta...*



*Babu pretendía llevarse su maleta, pero Jack se lo impidió.*



*No le dejó tampoco llevarse ninguna botella.*



*Babu sacó las botellas de su maleta, pero al ir a salir se tropezó con sus amigos.*





—Si no me ayudan, me expulsarán del colegio.



Apareció una anciana, me hacía guiso.



¡Era Babba con el traje de la comedia!



—¿Tina?



*...se hicieron aceptar a viva fuerza.*



*—Le hemos dado una flor.*



*...se precipitó sobre el autor, empujándole al pasillo.*



*Los jóvenes, muy agradecidos...*



*...Se abrazaron...*



*Se abrió la puerta y el tutor les sorprendió.*



*...se casaron todos...*



*El juramento de Dabbs se prolongó una vez terminada la comida.*





*Carlos alitió unos instantes reunidos al ver a Hedda,  
tan vacilante con Amy.*



*El padre de Jack iba a desahuciar su amor.*



*Jack le indicó que no se alejara de nuevo, para no ser descubierta  
cuando llegara doña Luisa...*



*Tránsito le curó, a media alitar, con el adorno,*



*Tranquilamente Babbs les besó y abrazó...*



*...hasta que sus amigos la separaron.*



*También a Babbs en el banco y engañaron al temerario pater que estaba discutiendo a la tía.*



*Charles y Jack la ayudaban a vestirse mientras hablaba con el viejo.*



*—Quiero que me dé una carta dando su consentimiento para que se casen Amy y Kitty con Carlos y Jack.*



*Se aburre en compañía de las señoras.*



*Se amarra en el diván...*



*—Vea usted... me estaba fumando un "Perfecto"...*





*Habbe le preguntó si vestía en el amor a primera vista.*



*Total, que estaba en las mejores relaciones con doña Lucía.*



*—¡Me han engañado!*



*El muez se despidió...*



E. B.

Toltees Grafica J. SOLER  
Pensidencia, 60 - Barriosos

Señal  
"PELICULA GRAPICA"